

CULTURA JUVENIL Y CULTURA ESCOLAR. APROXIMACIÓN A UNA RELACIÓN COMPLEJA: TENSIONES Y DESAFÍOS

Alejandra Santana López*

RESUMEN:

El presente artículo está enfocado en analizar la relación entre cultura juvenil y cultura escolar desde el contexto escolar, para esto se desarrolla una revisión bibliográfica preliminar, que permite comprender las lógicas de ambas culturas.

Para terminar identificando tensiones y desafíos que esta relación plantea especialmente para quienes se desempeñan profesionalmente en contextos escolares.

Se finaliza con un conjunto de conclusiones, en que se pretende sugerir algunas estrategias de acción con los jóvenes – escolares.

Palabras clave: cultura juvenil, cultura escolar, escuela, intervenciones socioeducativas.

YOUTH CULTURE AND SCHOOL CULTURE. AN APPROACH TO A COMPLEX RELATIONSHIP: TENSIONS AND CHALLENGES

ABSTRACT:

This article focuses on analyzing the relationship between youth culture and school culture from the school context, for it develops a preliminary literature review, which allows us to understand the logic of both cultures.

Finally identifying tensions and challenges this relationship poses especially for those working professionally in school settings.

It concludes with a set of conclusions, which are intended to suggest some strategies for action with young people - school.

Keywords: youth culture, school culture, school, social and educational interventions.

* Trabajadora Social, Licenciada en Trabajo Social UC. Magíster en Psicología UC. Doctorando en Ciencias de la Educación UC. Secretaria Académica de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Andrés Bello. Correo: asantana@unab.cl – asantana@uc.cl .

I. Presentación

Al situar al joven estudiante en un contexto social complejo e intentar comprender sus prácticas, su identidad, su “ser”, necesariamente se apelará a la condición cultural de éste. Es decir, a su concepción de mundo, a sus creencias, a los símbolos y signos que le representen, a los valores a los que adscribe y vive cotidianamente (con otros).

Ahora bien, el escenario cultural de los jóvenes/estudiantes, no se abstrae del orden social y político en el que coexiste. Este orden, hoy se caracteriza por un cambio permanente, por múltiples espacios de incertidumbre y transformaciones de sentido en su interior. Así lo expresa Reguillo (2003), señalando que pese a la diversidad que encierra la categoría de “jóvenes”, todos son hijos de la modernidad, de la crisis y del desencanto.

Por lo tanto, no es posible apelar a lo cultural obviando el orden social en que se inscribe esta dimensión. De esta forma, la definición de cultura ha sido relacionada con los tipos de prácticas sociales, las que excluyen o incluye al interior de ellas, siendo una forma de vida global entrelazada con el modo en que ella es experimentada por los agentes sociales en contextos específicos, como la escuela por ejemplo. En este sentido la cultura se va llenando con los conceptos de prácticas sociales que se tengan alrededor (Ramírez, 2008).

Las culturas juveniles emergen de este telón de fondo dado por la cultura de la sociedad globalizada; y expresándose en relación a otros, conviviendo con ellos, ajustándose a relaciones poder, de inclusión – exclusión, integración-desintegración. En este juego de ajustes, las culturas juveniles se cruzan con los mecanismos más poderosos de integración (des-integración) social: el mundo de la Escuela (la dimensión educativa) y el mundo del trabajo (la dimensión laboral). Para efectos de este artículo, se centrará el análisis en el mundo de la Escuela, reconociendo que éste posee, a su vez su propia cultura: la cultura escolar.

De esta forma, los jóvenes deben conciliar su vida en esta doble

experiencia cultural, pertenecer a determinadas culturas juveniles y a su vez vivir la cultura escolar, con todas las luces y sombras de esta relación, las que se manifiestan en las prácticas sociales cotidianas de ellos.

Comprendiendo las diferenciaciones entre ambas expresiones culturales, juveniles y escolares, surgen interrogantes relativas a cómo se conciben ambas nociones, en qué medida resultan antagónicas, cuáles son las principales tensiones asociadas a ellas, qué desafíos presentan para quienes desarrollan estrategias de acción social dirigidas a los jóvenes estudiantes o a instancias educativas en las que ellos se insertan.

La comprensión de estas culturas en particular y sus dinámicas, permite para quien se desarrolla en el ámbito de la intervención social, con y para jóvenes en contextos escolares, recoger las claves interpretativas, clarificadoras de los nudos de tensión con que habitualmente se encuentra, identificar los focos de resistencia al cambio, la inadecuación y falta de pertinencia de las acciones propuestas o simplemente, la manera en que se impone la mirada adultocéntrica y de control en la Escuela, en desmedro de un genuino reconocimiento por el joven como sujeto, seres del “hoy”, con sus propias riquezas y cómo éstas pueden estar al servicio de la acción social que favorece su desarrollo y el de los contextos escolares en su conjunto.

2. El contexto socio-cultural: telón de fondo de la cultura juvenil y cultura escolar

Intentar ubicar a los jóvenes en la dimensión cultural, no es viable sin hacer referencia a las condiciones socioculturales macro en que ésta emerge, las que se caracterizan por encontrarse en permanente cambio.

En este escenario cambiante, el proceso de globalización se presenta como “un fenómeno multifacético, de dimensiones económicas, políticas, religiosas, jurídicas y culturales relacionadas entre sí de

modo complejo. Todas estas dimensiones repercuten en la vida de las personas, pero por sobre todo, las de orden cultural, en que se globalizan valores, artefactos culturales y universos simbólicos” (Baeza, 2008, p.p195).

Los jóvenes viven en este mundo cambiante, asociado a la modernidad, caracterizado, según Reguillo (2004) por “el repliegue del Estado benefactor, la fuerza creciente del mercado, el dominio de los medios de comunicación, el descrédito de las instituciones y actores tradicionales, la globalización, la migración (...) constituyendo un entramado complejo, sistémico, multidimensional que son dimensión constitutiva en la que los jóvenes —como categoría socialmente construida, situada histórica y relacional— se configuran como actores sociales” (p.p 49).

Lo cultural tiene especial relevancia, ya que se asocia a tipos de prácticas sociales, nutridas de creencias, formas de organización, costumbres y formas de producción. Expresada en interacciones (comunicativas) a las que subyacen dinámicas de poder, potencialmente resistentes al cambio, pero a la vez —paradójicamente— fuente energizante para las transformaciones.

Para Zarzuri (2000) la dimensión cultural no es unívoca, pues aun cuando la misma modernidad busca el predominio de una sola cultura, de carácter hegemónico, esto encuentra respuesta en la aparición de microculturas o microsociedades. De esta forma, lo que se intentaba destruir, acaba restituyéndose en nuevas formas de culturas, en algunos casos contestatarias o contrarias a la cultura dominante. Una expresión de estas microculturas, corresponde a la cultura juvenil, manifestándose principalmente como un discurso alternativo a la predominante cultura adulta y a un sistema social cuestionado desde la mirada juvenil.

3. Cultura Juvenil

El término de “cultura juvenil” surge ante la emergencia de la juventud como nuevo sujeto social, en un suceso que tiene lugar en el mundo occidental especialmente a finales de los años 50, y que se traduce en

la aparición de una ‘microsociedad’ juvenil, con grados significativos de autonomía con respecto a las instituciones adultas, que se dota de espacio y de tiempos específicos (Ramírez, 2008).

Se habla de culturas juveniles en plural para subrayar la heterogeneidad interna de las mismas. Se caracterizan por ser dinámicas, con límites flexibles, favoreciendo –de ser necesario– los intercambios entre los distintos estilos.

Desde esta dimensión de cultura juvenil se hace especial referencia a las maneras en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre, o en espacios intersticiales de la vida institucional. Planteándose con grados de autonomía respecto a las “instituciones adultas”, siendo sus expresiones más concretas, los estilos juveniles.

Las culturas juveniles pueden abordarse desde las condiciones sociales, entendidas como un conjunto de derechos y obligaciones que definen la identidad del joven en una sociedad determinada.

Por otra parte, también pueden abordarse desde las imágenes culturales, entendidas como el conjunto de atributos simbólicos asignados y/o apropiados por los jóvenes, sus estilos más o menos visibles, los que integran elementos materiales e inmateriales, heterogéneos, provenientes de la moda, la música, el lenguaje, las prácticas culturales y las actividades focales.

Para Feixa (2009), el estilo se define como la manifestación simbólica de la cultura juvenil, expresada en un conjunto coherente de elementos materiales e inmateriales, que los jóvenes consideran representativo de su identidad como grupo. Lo que hace un estilo no sólo son las cosas visibles sino la organización activa de objetos con actividades y valores que producen y organizan una identidad de grupo. Los estilos no son construcciones estáticas, sino que experimentan ciclos temporales en que se modifican tanto las imágenes culturales como las condiciones sociales de los jóvenes.

El estilo constituye una combinación jerarquizada de elementos culturales (textos, artefactos, rituales), de los que pueden destacarse los siguientes:

- El lenguaje: se refiere a la emergencia de formas de expresión oral, preferentemente contrarias al mundo adulto, su propia jerga. Generalmente, crean lenguaje, usando metáforas, inversión semántica y juegos lingüísticos.
- La música: la audición y la producción musical son elementos centrales en la mayoría de los estilos juveniles. La música es utilizada como elemento de autodefinición, un emblema para marcar la identidad de grupo. La evolución de las subculturas se asocia a las tendencias musicales.
- La estética: los estilos se identifican con algún elemento estético visible, corte de pelo, atuendo, accesorios, etc. No siempre se utiliza los uniformes completos de estilo, se usan algunos elementos y se les atribuye sus propios significados.
- Las producciones culturales: los estilos no son pasivos, manifiestan públicamente una serie de producciones culturales: revistas, graffitis, murales, tatuajes, etc. Estas producciones tienen una función interna de reafirmar las fronteras de grupo, pero también externas, como promover el diálogo con otras instancias sociales y juveniles.
- Las actividades focales: participación en determinados rituales y actividades focales, propias de cada banda o estilo. Generalmente se trata de actividades de ocio.

En síntesis las culturas juveniles, diversas y dinámicas, se viven en las prácticas sociales asociadas al desarrollo de los estilos juveniles y sus características, buscando identidad específica a través de la diferenciación, especialmente relativa al mundo adulto, aunque también al interior de la propia cultura juvenil.

Ahora bien, se ha planteado reflexionar en torno a la doble condición: ser joven y ser estudiante; este último se construye en el contexto escolar y vivencia las claves culturales propias de este escenario desde su identidad de “joven”.

4. Cultura Escolar

El contexto escolar está acotado a lo que se concibe como la “escuela”, ésta corresponde a un sistema social en sí mismo, abierto y en permanente intercambio adaptativo con su entorno. Posee una estructura formal, asociada a roles y funciones, y una informal, asociada al currículo oculto, clima organizacional y relaciones de poder (Baeza, 2008).

La Escuela como institución es un espacio público donde se da una interrelación grupal, un ámbito de socialización secundaria de la comunidad y un lugar donde se integran valores, sentimientos de pertenencia e identificaciones básicas (Corrosa et al. 2006).

Por su parte, al comprender la “escuela” desde su carácter institucional sería reconocida como el resultado de la especialización –en un tipo particular de establecimiento– de una parte de la transmisión cultural que requiere una sociedad compleja. Cada escuela específica es un ámbito que concretiza, a nivel singular, una norma o modelo de tipo universal: el vigente en nuestra cultura” (Fernández, 2009,p.p 26). La Escuela en este doble faz de poseer características generales– universales y características singulares. Para Lidia Fernández (2009) estas serían:

Rasgos generales:

- Existencia de un ambiente artificial, en el que parcial o totalmente, en unidades de tiempo diferenciadas, se aíslan algunas personas.
- Diferenciación de personas de acuerdo a su edad cronológica y/o social: adultos – maduros – sabios y jóvenes – inmaduros – ignorantes.
- Asignación de roles específicos para cada grupo diferenciado.
- Recorte de información, saberes, modos de valorar que constituyen materia de intercambio entre adultos y jóvenes.
- Conjunto de imágenes de alto contenido emocional que explican la síntesis de la experiencia, acompañado de la sensación de estar en un “orden normal”.

- Conjunto de indicadores de la existencia de una trama simbólica, en las que están presentes la figura del maestro, el discípulo, el conocimiento y el camino.

Rasgos singulares:

- La idiosincrasia del quehacer de cada escuela.
- Particularidades asociadas a las dinámicas relacionales que se gestan al interior de la escuela.
- La trama de contradicción sobre la cual la Escuela funciona.

Al presentarse la Escuela como un sistema social institucional, no sólo se da cuenta de su dinamismo presente sino que se reconocen en ella cambios vinculados al desarrollo histórico-contextual. Así, se puede reconocer a la Escuela actual como producto de la masificación de la educación secundaria, configurando con esto, juventud; prolongando la estadía de los jóvenes en los espacios educativos, a veces sin el impacto de integración social esperado, lo que pone en jaque el sentido de esta estadía en la Escuela.

Parte de esta mirada histórica—contextual, hoy se manifiesta con nuevas y complejas demandas sociales a las Escuelas, no siempre contando con las condiciones, capacidades y recursos para hacerse cargo de ellas. Por ejemplo, actualmente se esperarían de la Escuela: gestión, construcción de identidad, funcionamiento colegiado, demanda por la interdisciplinariedad, entre otras.

La Escuela de hoy, ofrece un “ámbito por el que las sociedades transmiten y recrean su cultura, podríamos decir que la Escuela es el lugar privilegiado en el que se realiza este proceso, pero en ella (...) confluyen diversas matrices culturales” (Corrosa et al, 2006, p.p40). Entre estas matrices, las del mundo adulto y el mundo juvenil coexisten, con las tensiones propias de culturas antagónicas.

Para Forquin (1989), la cultura escolar está constituida por un detallado conjunto de conocimientos, competencias, actitudes y valores que la escuela, a exigencia de la sociedad, se encarga de

transmitir explícita o implícitamente a los estudiantes como bagaje cultural y patrimonio común para todos los ciudadanos.

Comprender al estudiante desde la cultura escolar implica, por ejemplo, analizar dónde se sitúa cuando inicia el proceso de escolarización, si en la prolongación de la cultura familiar (estudiantes de clase alta y media) o en la lejanía de una cultura “extranjera”, es decir alejada, como es el caso del alumnado de clase baja. Según Guarro (2005), esta distancia tan desigual respecto a la cultura escolar se reproduce en una identificación desigual del éxito escolar; del esfuerzo personal en la apropiación de los conocimientos y destrezas escolares; de la autoestima que supone el sentimiento de pertenencia a una elite culta; etc. Es decir, la propia cultura escolar tiene matices en función de la estratificación social que la representa.

La construcción de la cultura escolar se da en: los significados simbólicos, los esquemas interpretativos, pautas de acción cotidianas.

Para Valentín Martínez-Otero (s/a), la cultura escolar corresponde al conjunto de conocimientos, estados anímicos, acciones y nivel de desarrollo alcanzado por una comunidad educativa. Se hace visible y se proyecta en las rutinas, las costumbres y normas, estilo educativo, creencias, actitudes, valores, símbolos, relaciones, discursos y metas. La realidad cultural permanece, se difunde y evoluciona, progresiva o regresivamente. Desde la perspectiva del autor, la cultura escolar se caracterizaría por ser:

- Aglutinadora de aspectos complejos de diversa naturaleza (cognitiva, afectiva, ética, estética, social, conductual). Constituye un entramado heterogéneo de conocimientos, creencias, sentimientos, actitudes, valores, gustos, relaciones, costumbres, rituales, etc.
- Estrecha relación entre “cultura” y “escuela”. La cultura escolar impacta en la personalidad, y por otra parte, cada miembro contribuye a generar esa cultura.

- La cultura escolar depende estrechamente de las personas que constituyen la comunidad educativa, pero también de la sociedad en que se encuentra inserta.
- Es el resultado de significados que se seleccionan, intercambian y propagan.
- Desde la antropología ofrece claves sobre la gramática y semántica institucional.
- Cada comunidad educativa posee su propia cultura escolar.
- La cultura escolar permea todos los rincones del centro educativo.

A modo de síntesis, en la comprensión de la cultura escolar, se puede señalar que afecta los actos de las personas, a ella subyacen normas, valores, rituales, tradiciones, ceremonias e historia que se acumulan a través del tiempo; lo que va actuando como red de expectativas sociales y creencias que forman a sus miembros en la forma de pensar, sentir y actuar (...) Esta cultura escolar, posee una doble faz: es un entramado aglutinador e integrador y, al mismo tiempo, con diferencias y conflictos entre grupos (Baeza, 2008).

5. Focos de Tensión entre Cultura Juvenil y Cultura Escolar

Al confrontar las visiones fundamentales de las culturas juveniles y la cultura escolar, rápidamente se hacen evidentes los puntos de tensión.

Estos puntos críticos no están ajenos a las tensiones societales, ni aquellas del sistema educativo como globalidad; a esas contradicciones, asociadas a las distinciones dadas por la estratificación y segmentación social de las Escuelas, especialmente a nivel nacional, o al mantenimiento de brechas sociales y brechas de calidad educativa. A lo que ha significado Reformas Educativas decretadas, pero que no han tenido un correlato en Reformas del pensamiento de quienes gestan la política educacional, de quienes la implementan en cada colegio, en el aula. Reformas que poco o nada han considerado al

sujeto a quien está dirigida. Así, parte de esta mirada crítica más amplia también se deja entrever en las tensiones entre la cultura juvenil y la cultura escolar.

Para efecto de este análisis se han agrupado las Tensiones en Cultura Juvenil y Cultura Escolar en tres áreas: Tensiones asociadas a la hegemonía de la visión adultocéntrica en la cultura escolar; Tensiones asociadas a la inclusión de la cultura juvenil en el contexto escolar y Tensiones asociadas a la resistencia al cambio de la cultura escolar respecto a procesos de transformación del sistema educativo y de la sociedad en su globalidad. A continuación se desarrollan.

a) Tensiones asociadas a la hegemonía de la visión adultocéntrica en la cultura escolar

- *La diversidad de las culturas juvenil vs. la homogeneidad normativa de la cultura escolar.*

Las culturas juveniles a través de sus estilos particulares ofrecen múltiples prácticas, discursos y creencias que van conformando la identidad del joven; éstas resultan altamente antagónicas a la cultura escolar que de por sí, descansa en la regulación, el orden y la disciplina con fines de socialización secundaria. En ese espacio la diversidad de estilos no tiene cabida, el lenguaje se corrige, escasamente se incorpora lo musical, la estética diferenciadora se regula al igual que el vestuario, buscando la “uniformidad”, el anonimato, el reducir la identidad a un “número de lista”, no permitiendo que el joven pueda vivir su identidad desde la integralidad de ésta.

En la cultura escolar, la normalización de todos los aspectos de la vida escolar, incluyen el manejo de los ritmos, la estructuración de rutinas, que a través de múltiples signos van organizando el tiempo y el quehacer esperado para él. La campana, el timbre, la gráfica del horario de clase, la estructuración de las clases, los recreos, por nombrar algunas instancias.

El manejo de estos ritmos no tiene relación con la cultura juvenil, donde el tiempo es relativo, inestructurado, donde la emergencia

de acciones de manera espontánea y autorregulada tiene mayor sentido.

La cultura escolar, desde esta homogeneización, está dirigida a un joven promedio, al cual canalizar planes y programas similares a todo el país (en el caso de Chile); los profesores elaboran planificaciones de clases y se plantean relacionamente para un estudiante promedio, estandarizado. Lo anterior tiene claras consecuencias pedagógicas (adecuación al perfil del estudiante) y sociales (discriminación, malos tratos, deslegitimación en la relación profesor – alumno) para la formación de los jóvenes.

- *La cultura juvenil en la escuela como respuesta a una cultura adulta hegemónica.*

Las culturas juveniles han emergido a nivel societal a modo de respuesta o como discursos alternativos a los generados hegemónicamente desde el mundo adulto.

Al analizar la presencia de las diversas manifestaciones de las culturas juveniles en la escuela, es posible reconocer cómo se reproduce en este espacio lo gestado a nivel societal. En la Escuela el mundo adulto es el que tiene el poder formal, profesores, directivos y equipos en general, son los que regulan, enseñan y saben, mientras los estudiantes son a quienes hay que “regular, disciplinar, enseñar”, ubicándolos en una posición asimétrica de poder, siendo quienes “carecen”, “adolecen”, “ignoran”.

Pese a este marco regulador y estandarizado impuesto desde el mundo adulto, se logran permear por algunos intersticios los estilos juveniles y sus múltiples expresiones. Así, no será extraño reconocer rasgos de alguna tribu urbana en la vestimenta o maquillaje, pese a mantener las principales prendas del uniforme escolar, por ejemplo.

- *La noción de estudiante, asociado a las representaciones y estereotipo de jóvenes desde el mundo adulto de la escuela.*

En la cultura escolar desde sus actores con mayor grado de influencia (los adultos) se concibe, diseña y desarrolla una serie de actividades cotidianas donde el joven/estudiante

es conceptualizado de una manera estática, en ocasiones estereotipadas, lejana a su subjetividad, de su “ser joven en este contexto hoy”.

Las visiones generadas desde las lógicas adultocéntricas, no incorporan los elementos de las culturales juveniles, ni la noción de “identidad” en proceso de construcción propia de los jóvenes, la riqueza de la diversidad de estilos, las necesidades de referentes y de afectos a la base de las relaciones que establecen con adultos y pares. Este desconocimiento lleva a minimizar el protagonismo de los jóvenes en sus procesos formativos, anulando el potencial energizador de cambio que le es propio.

b. Tensiones asociadas a la inclusión de la cultura juvenil en el contexto escolar

- *La cultura escolar otorga mínimos espacios para la expresión de estilos propios de las culturas juveniles.*

La cultura escolar está estructurada y se recrea constantemente desde adultos “que la piensan”, muchas veces muy alejados de los sujetos a quienes se dirige y para quienes tendría sentido: los jóvenes. Si bien, ya se enunció que la cultural escolar no da cabida a las particularidades y expresiones de la cultura juvenil, esto tampoco ocurre desde lo que los diversos estilos asociados a las culturas juveniles pueden ofrecer a los procesos formativos. Los estilos generan producciones culturales, expresiones artísticas, creaciones. Este tipo de aportes no tiene eco en el contexto escolar, aquí el joven no tiene la oportunidad de poner su creación al servicio del aprendizaje, ni de reflexionar críticamente y desde sí lo que estos productos culturales representan para sí y para la sociedad.

- *La cultura escolar como obstaculizador a la construcción de identidades juveniles.*

Desde la lógica de tensiones entre cultura juvenil y cultura escolar, esta última en su expresión tradicional, puede ser un obstaculizador a la construcción de identidad de los jóvenes. Esto

estará sujeto a las posibilidades de desarrollo de protagonismo que tenga el joven en su escuela, lo que muchas veces está determinado por el sello valórico del establecimiento; ya que en la medida que dé cabida al desarrollo de una biografía escolar que responda a los intereses de los jóvenes, donde éstos puedan satisfacer necesidades sociales y de pertenencia, potenciará su biografía personal, aportando a su formación en un sentido complejo y de largo plazo, aportando a un círculo virtuoso de autorrealización e inclusión. De lo contrario, el tránsito por la escuela, resulta algo ajeno, externo e impuesto a la vivencia del joven y por ende a la construcción de su identidad, carente de sentido para sí; lo que refuerza la búsqueda de espacios para constituir identidad en esferas distintas a las escolares.

- c. Tensiones asociadas a la resistencia al cambio de la cultura escolar respecto a procesos de transformación del sistema educativo y de la sociedad en su globalidad.

- *Una transición actual: La escuela que apunta al acatamiento al orden racional vs. la escuela que forma en espíritu crítico y en la autonomía.*

En la actualidad, a propósito de las transformaciones de los grandes referentes sociales y culturales, se está proyectando un cambio en la construcción de un discurso de la Escuela; lo que tiene un correlato en transformaciones en la gestión escolar, nuevos modelos pedagógicos y por ende, una nueva manera de concebir al estudiante como un sujeto con derechos, al cual hay que acompañar en el desarrollo de un pensamiento crítico y a quien hay que formar en y para la autonomía. Estas tendencias se van incorporando lentamente, con la resistencia de un sistema que tiene fuertemente arraigada una determinada práctica social, totalmente contradictoria a lo nuevo, donde la formación tiene una orientación racional, disciplinar, de control y obediencia a la autoridad (profesor, director, adultos a cargo del sistema).

Así, en esta contradicción del sistema escolar, se entrelaza la dimensión cultural de lo juvenil y lo escolar, donde la autonomía y mirada crítica propia de la cultura juvenil tiene escasa cabida en el quehacer escolar, y si se presenta, es catalogada como

lo “*problemático propio de la rebeldía juvenil*”, y no como un valor formativo. Otro ejemplo lo constituye la necesidad y el disfrute de los espacios de encuentro entre pares propia de los jóvenes, lo que podría ser reforzado en el contexto escolar desde los actuales referentes pedagógicos que valoran el aprendizaje colectivo, con otros, en instancias de construcción grupal; sin embargo en la Escuela (en su mayoría) la estructura y la disposición de las salas de clases y laboratorios no favorece ese encuentro.

- *Relación profesor – estudiante: de las exigencias normativas a la exigencia de la relación horizontal*

Parte de los cambios enunciados en el punto anterior, relativos a las transformaciones del sistema escolar, también han afectado la relación profesor–alumno. Desde los nuevos enfoques pedagógicos, se espera que los profesores sean facilitadores de los procesos de aprendizajes, que vean a sus estudiantes de manera integral, y que establezcan una relación más horizontal con ellos, ya que la relación en sí misma resulta un motor para los aprendizajes. Sin embargo, al analizar el escenario actual nos encontramos con un número importante de profesores mayores que han sido formados desde lógicas más conductistas, donde se favorece la instalación de una normativa que regula el sistema, donde la disciplina es condición para aprender y donde el profesor es un referente de autoridad indiscutible en el aula, con una noción de “joven” principalmente adultocéntrica. Coexistiendo con este perfil de profesor, se encuentran otros docentes, quizás más jóvenes o que han tenido la oportunidad de perfeccionarse e incorporar nuevas tendencias pedagógicas, con orientación constructivista (modelo pedagógico adoptado por la reforma educativa chilena), rescatando variables culturales asociadas al aprendizaje, donde la relación de cercanía y de carácter más horizontal se impone a los procesos de enseñanza – aprendizaje. Esta diversidad de perfil de profesor y sus estilos de relación con los estudiantes, resulta confuso para los jóvenes, esto los tensiona, la incertidumbre de cómo establecer la relación, de cómo aprender a relacionarse al interior de la Escuela. Este

contexto les demanda adaptarse y moldearse de acuerdo a la persona y rol de quien establece la relación; en desmedro de una relación genuina y transparente de acuerdo a lo que el joven es, de acuerdo a su identidad.

- *La cultura escolar desde su función de control y las manifestaciones de resistencia al cambio.*

Otra expresión de resistencia se asocia a los “modos de hacer docencia”, frente a lo cual desde la cultura escolar mantiene –en la práctica– estrategias e instrumentos del pasado, aun cuando se genere un discurso de innovación pedagógica desde las líneas programáticas y ministeriales que rigen el área educativa. Estas contradicciones al interior del sistema educativo, tiene consecuencias directas en el perfil del estudiante (joven), para quien se dirigen las prácticas pedagógicas, siendo inadecuadas, poco actualizadas, carentes de pertinencia, impactando en sus aprendizajes y en su desarrollo integral.

6. Desafíos

Para quienes se desempeñan como agentes de cambios en los contextos educativos, debe ser un imperativo conocer las tensiones dadas entre la cultura juvenil y la cultura escolar, y desde ahí poder comprender múltiples contradicciones y actuar sobre ellas, a favor del desarrollo integral de los jóvenes, en un contexto que les es propio y donde tienen mucho que aportar y construir.

Una forma de comprender al joven situado en el contexto escolar en relación con otros, es concebir la escuela y su entorno como una “comunidad educativa”; esta noción da cabida a la convivencia con otros, a la diversidad de éstos, y a la vez ubica a la Escuela en intercambio permanente con su entorno biopsicosocial, como un sistema abierto, por tanto dinamizante. Esto le va exigiendo adecuarse a los cambios en el perfil de los estudiantes, a los requerimientos de aprendizajes del entorno, a la incorporación de innovaciones pedagógicas e ir abriéndose a la incorporación de la cultura juvenil,

sus estilos y los aportes que pueden hacer a la cultura escolar.

A continuación, se señalarán algunos desafíos que se presentan al agente de cambio en el contexto escolar buscando conciliar y potenciar la relación entre cultura juvenil y cultura escolar, a pesar de sus contradicciones. No pretende ser un listado exhaustivo de desafíos, sino sólo una primera aproximación a ellos.

- Integralidad de la tarea educativa

El diseño e implementación de las acciones educativas, requieren una mirada integral y dinámica del joven a quien se dirige. Lo que implica conocer aspectos que para él son significativos, su visión del mundo, su cultura propia y poner esto al servicio de su desarrollo integral.

En esta misma línea, cabe hacer mención a las metodologías de enseñanza – aprendizaje; es necesario estrategias innovadoras que permitan desarrollar esa integralidad, más allá de un contenido o una habilidad específica. Que el joven comprenda el sentido de esto y lo pueda ver hoy, en su vida actual, no un futuro lejano e incierto para él.

- Espacio para la diferenciación interna

Un desafío vinculado a la uniformidad – diferenciación que se vive al interior de las Escuelas, implica que profesores y agentes sociales legitimen y potencien la diferenciación como un aspecto positivo para los jóvenes, que contribuye a la construcción de identidad, que se relaciona con sus recursos creativos, los cuales favorecen su desarrollo integral y son contribuciones culturales específicas a la sociedad.

- Centralidad en el “aprender a aprender”

Recogiendo el contexto global en que se insertan los jóvenes y donde se sitúan las Escuelas, la formación dirigida a ellos debe considerar esas condiciones. Por mucho tiempo la cultura escolar ha enfatizado en una formación enciclopédica, de verdades absolutas; hoy desde las

demandas de los jóvenes, desde lo que expresan y desde las demandas de un contexto global de cambio permanente, la formación entendida como transmisión de conocimientos es insuficiente. De esta forma, el desafío apunta a potenciar el “aprender a aprender”, a desarrollar la capacidad de adaptación, de búsqueda, a potenciar la creatividad y la innovación, saber qué hacer en los distintos espacios de incertidumbre a enfrentar. Esta opción necesariamente implica buscar puntos de encuentro entre la cultura juvenil y la cultura escolar, a favor de este “aprender a aprender”.

- La cultura juvenil desde su función renovadora – energizante

La cultura juvenil tiene una función renovadora y energizante, que apunta a favorecer la tarea adaptativa propia de los cambios que viven de manera habitual los jóvenes. Esta función puede ser potenciadora de las transformaciones que se pretenden generar en los contextos escolares si es recogida como un recurso para ello; por eso profesores, directivos y agentes de cambio deben reconocerla, validarla y explotarla, de lo contrario sigue estando ajena, como una dimensión paralela en la vida de los jóvenes.

Finalmente, señalar que el visualizar aspectos de la cultura juvenil como algo que enriquezca la cultura escolar, pasa principal e inicialmente por los adultos que “piensan la Escuela”, quienes deberán paulatinamente abrirse a los cambios en la complejidad que eso implica en el mundo escolar; pero por otra parte, también serán los jóvenes quienes, a través de los intersticios que deja la cultura escolar, se van apropiando con mayor legitimación de estos espacios, van encontrando las vías alternativas para ser escuchados y para “ser” en la Escuela, dando reales posibilidades de proyecciones a sus biografías personales en el contexto colegial.

Bibliografía

Baeza, J. (2008). “El diálogo cultural de la escuela y en la escuela”. En: *Estudios Pedagógicos XXXIV*, N° 2: 193 - 206.

- Corrosa, N; López, E & Monticelli, J. (2006). *El trabajo social en el área educativa. Desafíos y perspectivas*. Buenos Aires: Espacio.
- Feixa, C. (2009). *Culturas Juveniles en España (1960 – 2004)*. INJUVE.
 Disponible en línea en: [<http://www.injuve.mtas.es/injuve/contenidos.item.action?id=1535754436&menuId=305228545>]
- Fernández, L. (2009). *Instituciones Educativas. Dinámicas institucionales en situaciones críticas*. Buenos Aires: Paidós Grupos & Instituciones.
- Guarro, A. (2005). “La transformación democrática de la cultura escolar: una respuesta justa a las necesidades del alumnado de zonas desfavorecidas”. En: *Profesorado, Revista de currículum y formación del profesorado*, 1.
- Martínez-Otero, V. (s/a). *Cultura Escolar y Mejora en la Educación*. Mesa: Educar, algo más que instruir. Disponible en línea en: [http://www.lasalle.edu.mx/diplo_inst_las/docs_diplo/2domodulo/cultura_escolar_mejora.pdf]
- Ramírez, F. (2008). “El mito de la cultura juvenil”. En: *Revista Última Década*, N° 28, julio: 79-90.
- Reguillo, R. (2003). “Las culturas juveniles: un campo de estudio; breve agenda para la discusión”. En: *Revista Brasileira de Educação*, N° 23.
- Reguillo, R. (2004). “La performatividad de las culturas juveniles”. En: *Revista Estudios de Juventud*, N° 64/04.
- Zarzuri, R. (2000). “Notas para una aproximación teórica a nuevas culturas juveniles: las tribus urbanas”. En: *Revista Última Década*, N° 13, septiembre: 81- 96.